



JULIÁN LÓPEZ

**La ilusión
de los mamíferos**

LITERATURA RANDOM HOUSE

No soy un oficinista.

No voy a aprovechar mi hora de almuerzo al sol, al aire libre, ni voy a abrir un táper para comer esa porción de tarta que fue una promesa modesta durante la mañana de trabajo.

No soy un oficinista, me voy a sentar acá, en esta escalinata, voy a apoyar la mochila al lado de los pies, en el escalón de abajo, en medio de las manchas de verdín y el gris del adoquinado de los escalones que fugan hacia las salidas de esta plaza seca. Esmeralda y Rivadavia.

No voy a aprovechar mi hora de almuerzo, voy a sentarme acá, solo, en medio de esta pequeña multitud de oficinistas y voy a mantenerme a raya, no voy a tratar de descubrir qué pasa, ni siquiera a mí, a ninguno de los cuerpos que estén a mi alrededor, voy a descontar que todos estamos tramitando algo, cómo poner el cuerpo al tiempo que nos queda, cómo pasarlo, cómo dejar que nos guíe la deriva, la porfía por entender, las ganas.

Voy a sentarme acá, en el verde escondido de la Buenos Aires imperiosa.

No soy un oficinista.

Voy a almorzar solo, frente a vos, en esta plaza.

Una mañana escuchábamos un disco de Rickie Lee Jones mientras yo hacía no sé qué cosa de limpiar y vos leías no sé qué cosa o dejabas de leer para mirar por la ventana. A veces decíamos que el acto de leer era más el momento de abandonar el libro que el de abrazarlo y te confesé orgulloso que el que más me había impactado alguna vez era el mismo que había dejado sin terminar, abandonado en una cesta insólita y casual al costado de una ruta, prendido por combustión espontánea, incinerando su materialidad para siempre. No temo a la angustia, que otros terminen, que otros encadenen un libro al próximo y nunca sientan la sed que desahucia ni se pierdan nada. Yo voy a dejar todas las ventanas abiertas, que la casa se vuele desde adentro y dé la bienvenida al tornado. Que siempre falten páginas.

Pero esa mañana mientras hacíamos no sé qué cosas, escuchábamos un mal disco de Rickie Lee Jones y nuestro amor era sorprendente: de pronto nos encontrábamos mirando el mismo punto y asociábamos lo mismo en el mismo instante. Después de esos choques fabulosos nos quedábamos sonriendo durante toda la semana.

Habíamos hablado ya de ese mal disco: es un mal disco de Rickie Lee Jones, habíamos dicho, pero en medio de una canción particular vos soltaste: ¿ves qué mala?, y yo dije, en el mismo medio de la misma canción: qué buena.

Mi biblioteca es un hogar de expósitos, un asilo de abandonados y menesterosos, pero así de bruto y todo pude leer un sinfín de incomodidades que esa mañana se revelaron en la historia de nuestra civilización. Pero qué pareja de hombres que se ven solo los domingos no se hace con el viento del desierto soplando arena sobre los ojos. De nuestros primeros encuentros la incomodidad era lo exclusivo y aun así vos me seguías desnudando.

¿Cuánto tardaste en probarme, cuánto tardaste en abrir la boca y buscarme la entrepierna, cuánto tardé en dejar de pretender no incomodarte y quebrar la cintura como un gato loco para que me vieras? ¿Cuántas veces abríamos los ojos por el susto en medio de la caída libre antes de que coger fuera la llegada laxa y violenta a la superficie con los tientos del paracaídas tensos por el viento?

Nuestro amor fue la incomodidad. Pero esa mañana del disco de Rickie Lee Jones hubiera querido haber sido prolijo y repasar mi biblioteca con la serenidad de un padre burgués y responsable.

Había algo en mis palabras que hacía que te quedaras callado, mirándome con los ojos calmos o dejándolos caer sobre la mesa, una señal para que continuara. A veces me aprovechaba de esa solvencia y dejaba que escaparan de mí las oraciones gráciles y densas que te salpicaban de fascinación. Ballenas francas respirando, ballenas francas estrellándose contra el agua del océano frío, ballenas francas perdiéndose en lo hondo de una conciencia que debe vivir sin saber de su propia existencia ni la de sus innumerables compañeros de carne. A veces te conquistaba con chismes más o menos elegantes, la muerte casi inadvertida de Maria Falconetti en Buenos Aires, la verdad sobre el vestuario de la Dietrich, tan sofisticado en las fotos y tan modesto para los que veían de cerca el espesor de esos géneros. Otras veces te admiraba mi afición por las estrellas locales, mi amor por la Marshall y la Picchio, por Breve cielo y las otras películas de Kohon, mi estampita escondida en el revés de la puerta del armario: un primerísimo primer plano de Nelly Láinez con peluca, mordiendo el tallo de una rosa.

Supongo que no estaba mal que nuestros primeros encuentros fueran así, un modo de pasar revista a la construcción de mi propio imperio, el imperio de una soledad llena de imágenes, llena del misticismo del que se obliga al silencio. Después de esas sesiones, en las que te mostraba mi colección de signos como si fueran el título de una propiedad en los confines, me quedaba la semana entera para relamerme como un elefante de mar, descansando el cuerpo en la charca salada para cicatrizar las heridas.

Yo hablaba como un mesías ante un puñado de gente decidida a no pensar, hablaba como alguien capaz de hacer un recuento minucioso de grados, minutos y segundos de recorrido en la elíptica de los astros alrededor del Sol. Las primeras veces vos llenabas los bol-

sillos y te ibas, yo salía al balcón para verte caminando como en un zigzag loco, algunas te dabas vuelta y levantabas la vista para mirarme, parado junto a la baranda, haciéndole la venia a la melancolía y a su tropa, que llegaba cuando me quedaba exhausto y vos te ibas a mojar otro cuerpo.

Todavía no sé qué hice, todavía no sé qué dejé de hacer para que eligieras, en un momento, que los domingos iban a ser para mí y que todas las salpicaduras iban a ser mi fiesta.

Jugábamos a hacer rodar muy lentamente un pomelo en el aire, sostenido apenas por palitos chinos clavados a los costados. Poníamos detrás el velador, una cápsula metalizada de la que asomaba la bombita blanca como un sol en el cielo oscurecido de su cuarto.

Creo que nunca logramos el efecto de un amanecer sobre la piel porosa de la fruta, creo que siempre se nos acalabraba la muñeca y nuestro planeta amargo caía en un agujero de negro desencanto. Pero a él se le tensaba la piel sobre los músculos flacos del brazo y era alegre, un entusiasta explorador del espacio sideral entre su cama abajo y la cama de su hermano por arriba, enfrente de mí, tímido y curioso de un modo tan desaforado.

Creo que esa fue la primera vez que me enamoré y desde entonces ese fue el signo, un zodiaco completo bajo el amparo venusino: la soledad de una empresa secreta, llena de imaginación y de ingenuidad, llena de alegría y de miedo.

Mucho antes de que empezara a mirarme con desconfianza, mucho antes de que la vergüenza se convirtiera en una religión a la que estaba obligado por naturaleza, mi cuerpo sabía bien cómo moverse, mucho más determinados y traslúcidos que los ojos, mis pies tomaban la dirección de mis amigos. Los ojos pueden ocultar, o participar con una encantadora corte de mohines de ese ocultamiento, pero es difícil que los pies, que son tan bobos, desoigan su impulso o sepan mentir con solvencia.

Mucho antes de que apareciera yo, mi cuerpo ya sabía todo de mí y la falta de pudor despuntaba solo en la intimidad de un cuarto, solo cuando no hubiese nadie cerca, solo cuando el cansancio o la comodidad aflojaran las aduanas en los pasos fronterizos de la vida cotidiana.

Solo ahí, esa primera vez, pude sacarme la polera de algodón con la que todos los inviernos mis padres me cuidaban del frío, hasta que el frío fue una estación permanente.

Solamente ahí pude quedarme quieto por si me miraba.

Pero esa vez, por gracia, había un pomelo fragante y había palitos chinos y había un sol mecánico y había penumbra en su cuarto. Y yo me encontré por primera vez con alguien que sin pretensiones y sin afectación fabricó un amanecer con lo poco que tenía.

Rojo. Las camperas, los suéters, todo en esos años era rojo, una foto gris, o todas las combinaciones del blanco y negro pero con pompones rojos, con manchas rojas, como pequeñas motas del siga la línea de puntos para construir el dibujo final de esa época.

Lo que veo es un fondo gris con manchas rojas.

No es verdad mi recuerdo, mi memoria no es verdad. En el marco blanco de las fotos de entonces estaban impresas, en caracteres casi inadvertidos, las pruebas de color de Kodak, el revelado de la vida en esos años ya hacía mucho era en colores pero a mis imágenes sin marco vuelve solamente el rojo, como si todas las notas en la ropa de los niños hubiesen sido solamente rojas.

Primera Junta gris con camperas rojas, caminatas de domingo a la mañana, de la mano de mi padre, temprano, en la época en la que Buenos Aires guardaba silencio y calles abiertas en completa soledad el primer día de la semana. Primera Junta y el subte A, yo siempre quería paseos en los trenes bajo tierra, siempre quería esos herrajes antiguos, el molinete de madera que me quedaba demasiado alto, siempre quería ese olor de un encierro con grasa de motores en el hueco de casi un siglo, un túnel de pasado deslumbrante. Pero a veces mi papá ni siquiera me decía que no, cuando yo pedía, tan imperativo como puede ser un chico tímido incluso hasta con su padre; mi viejo seguía caminando y seguía tomándome de la mano, tranquilo y en silencio, mirando al frente, desoyéndome.

Yo entonces entendía que él me demandaba mayor humildad y mayor cuidado, su no respuesta, la contundencia de esa manera de responderme, parecía decirme que con mis aspiraciones de otra cosa no era capaz de disfrutar de esa nada: una caminata por las veredas anchas de Primera Junta, en el silencio soleado de las mañanas de domingo, un momento que él buscaba para que estuviéramos

juntos, solos, aprendiendo cosas nada más por caminar y dar nuestros buenos días a los vecinos desconocidos que muy temprano salían a comprar el pan.

Una foto gris, con marco blanco, moteada de rojo. Y silencio.

Había perdido ese recuerdo y me parece que empecé a reconstruirlo junto con otros olvidos que aparecieron después de vos, después de que dejamos de vernos, una grieta por la que empezaron a filtrar los ríos que habían quedado estancados, demasiado contenidos.

Ahora me gustaría estudiarle el gesto, entender qué me decía, no puedo verle bien la cara en ese recuerdo, como si nunca me hubiera hablado de frente y hubiésemos estado siempre caminando por las calles del barrio mirando hacia adelante con la certeza de la compañía pero sin mirarnos.

También entonces tuve un amigo que vivía en Primera Junta, en el edificio de El Hogar Obrero, Hidalgo y Rivadavia, un edificio enorme inaugurado en el 55 por una cooperativa socialista de principios de siglo xx que para cuando mis padres nos compraban la ropa ya se había convertido en una especie de shopping que lo reunía todo: "vivienda, crédito y consumo", artículos de bazar, discos, electrodomésticos, ropa de colegio, zapatillas, préstamos cada vez más usurarios. El Hogar Obrero era una tradición argentina que se estaba traicionando, o tal vez estuviera obedeciendo al destino común de toda tradición argentina; conservaba el nombre eso sí, un eslogan que para entonces ya entraba en la categoría nacional de tiro al obrero. Arriba tenía una mole de cemento que le pertenecía, un gran edificio de departamentos que era modelo de diseño y en el que vivía ese amigo temporario que apareció de pronto en las imágenes de los recuerdos que empezaron a asaltarme. Quizá todo lo que apareció de memoria vinculado a ese amigo sea una construcción difusa, mentirosa, una estructura de imágenes que probablemente no sea cierta y se haya erigido solamente para acompañar lo que sí recuerdo de ese amigo que vivía en El Hogar Obrero, en uno de esos departamentos que parecía siempre desordenado; si

queríamos jugar teníamos que sacar el canasto de la ropa sucia que ponían en el hall que había entre el living y los dos cuartos, o las cajas con carpetas y papeles a los pies de la biblioteca que entorpecían nuestras carreras de Matchbox. Para nuestros planes ahí, en los ratos de la tarde en los que nos quedábamos solos, teníamos que ser trashumantes, cargar bártulos de un lugar a otro antes de disponer el plan que habíamos diseñado. Algunas tardes de especial monotonía nos sentábamos sobre el parquet y nos quedábamos hablando, apoyados contra las puertas del ropero de su cuarto, moviendo las manos para reafirmar lo que decíamos, serios o con la ansiedad entusiasmada del chiste, de la ocurrencia.

A partir de esas escenas comencé a desplegar lo que más tarde sería uno de los placeres máximos de mi primera juventud, algo que superaba al placer de algunas comidas e incluso fue un placer mayor que el del sexo, o tal vez una de sus formas menos exigentes y más fecundas: la conversación.

No mucho después de ese tiempo de las fotos grises con motas rojas tuve un amigo con el que desplegábamos largas intervenciones llenas de párrafos, supongo que éramos demasiado jóvenes para el whisky y los cigarros, pero el arte de la charla nos permitía meternos en el campo del deseo. Creo que nos conocimos en uno de esos campamentos del club Ferro, esas comitivas voluntariosas en las que hacen formar a los chicos en uniforme deportivo y en silencio, en largas filas de a dos, esas comitivas que preparan a los menores para una vida llena de optimismo, ¡qué depresión!, un fascismo ligero y constructivo que nunca fui capaz de enfrentar, ni siquiera debido a una cobardía notable, mi manera de protegerme del régimen era la pereza, una supraideología que supongo que es la que sostuvo y sostiene mis decisiones más pretendidamente insurgentes.

Seguro que nos habremos cruzado en una de esas huidas miserables, nos habremos reconocido el gesto desesperado de los desertores, miedo atrás, miedo adelante y las piernas mintiendo pasos largos y calculados, despavoridas. Nos habremos escapado en una

de esas tardes de lluvia en la que los adalides implementaban estrategias bajo techo para contener a la manada, juegos de mesa en un salón común que acorraba a los que no pueden más que quedarse ensimismados a practicar su incompetencia, su inadecuación.

En alguno de esos rincones nos habremos encontrado, pequeños ratones de un laboratorio deportivo, y habremos empezado a conversar, a internarnos primero en la desmesura, a probar la delectación de la mentira, la construcción de una mentira sagaz sostenida por la verdad de un anhelo apasionado, la verdad de un espíritu inflamado, la verdad de la hipérbole como antídoto a la exasperante quietud de ese tiempo en que la adultez era una promesa de aventura que tardaba demasiado. Creo que ni siquiera recuerdo el nombre de ese amistoso contrincante, aunque identifico perfectamente la marca de largada, el momento en que nos enfrentamos a la pista que se abría ante nosotros —un tramo que íbamos a marcar con el filo de nuestras intervenciones— y el disparo inicial de cuando empezamos a hablar, fascinados, agradecidos. Supongo que los dos percibimos que esa conversación que se iniciaba nos dejaba en un lugar distinto, el sitio de los que descubren que la noche es tiempo pero también es espacio, un cubículo que uno empieza a transitar con mayor entusiasmo por la oscuridad, el dispositivo que te saca de la infancia. Recuerdo la conciencia de que era necesario preservar la nocturnidad de la conversación, preservarla incluso de la sorpresa que nos provocó el fenómeno mismo, preservarla de cualquier palabra que diera cuenta de su existencia y pudiera desvitalizarla, obligarla a participar del universo estrecho en el que todavía nos movíamos.

Había algo notable en nuestras conversaciones seguramente absurdas: los pozos mudos en los que caíamos, al principio llenos de la ansiedad del que quiere salvarse del ahogo, y que fuimos conquistando con destreza creciente. De las charlas con ese amigo aprendí que el silencio puede ser sexy y no solamente el modo en que mi padre se manifestaba cuando se decepcionaba de mí. Suspender las palabras era un arma que empezaba a templar con pa-

ciencia: prorrumpir juntos para dedicarnos a vagar por esos salones helados, como si hubiésemos podido caminar sin angustia por las habitaciones gigantes, abandonadas, inminentes y grises, llenas de goteras y ganadas por parásitos vegetales de las películas de Tarkovsky.

Muchos años más tarde estuve con alguien con quien no teníamos qué decirnos, esa relación fue honesta, llena de intención y de compromiso, los dos tratábamos de tender puentes sobre océanos distintos, puentes que pronto se deshacían amablemente. Sin embargo, hubo un momento prodigioso o una serie pequeña de esos momentos: nos llamábamos por teléfono, cuando los teléfonos eran parte del mobiliario quieto y esperaban el ring sobre una mesita con un anotador y un lápiz al lado. No recuerdo exactamente cuántas veces fueron, ¿tres?, dos tal vez, larguísimas charlas en las que uno llamaba y el que atendía, después de decir hola y escuchar la voz del otro lado de la línea, tomaba una respiración profunda y ese era el lapso que nos dábamos para sentarnos tranquilos y cómodos porque se avecinaba una larga charla de silencio. Recuerdo esas conversaciones nocturnas con la emoción con la que a veces uno mira las escenas que no le pertenecen: el tornero concentrado en su trabajo, la taxista que fuma y maneja entre gestos vindicativos de un diálogo privado, la enfermera que espera el colectivo, tarde en la noche, con esas zapatillas que no hay modo de que la protejan del frío, la chica que pedalea y llora, la puerta que se abre en una casa en la vereda por la que uno camina y muestra una estampa ajena pero entrañable, desesperante.

Recuerdo esos larguísimos parlamentos de un silencio sostenido nada más por el deleite de saber que estábamos respirando juntos, no teníamos nada para decir, o lo que nos contábamos nos aburría y nos alejaba, pero igual queríamos estar.

¿Fueron tres, dos veces las que llamé o las que el teléfono sonó?
¿Una sola inolvidable?

Después de eso volvimos a vernos una vez más, nos encontramos en un bar, elegí uno sobre Felipe Vallese, antes de llegar a Rojas, un

bar enorme de gallegos, de puertas de madera y vidrio y paredes de azulejos. Esa vez también estuvimos mudos, en un momento sonreí y se me llenaron los ojos de lágrimas, fue un encuentro corto, terminamos el café de esas tazas chicas de loza blanca y una línea verde, no hablamos tampoco, pero ese silencio fue distinto, como si de verdad hubiese estado vacío. Pagamos y nos fuimos, no nos vimos más, supongo que nos habremos ido con el sabor ácido del café porteño de los bares que entonces resistían.

Hace unos meses pasé caminando por Felipe Vallese, una calle tranquila de Caballito a la que le construyeron unas torres gemelas enormes, un barrio de casas bajas con dos centinelas gigantes que se consumen toda el agua, toda la vista, todo el cielo del barrio. En el lugar donde estaba el bar ahora hay un local pintado de verde oscuro, con luces bajas y focales sobre mesas de madera también oscura, donde hombres barbados sirven cerveza artesanal. Ahora todos los hombres portan barbas, todos hacen cerveza casera en alambiques en el fondo de su casa, como si el mismo mercado buscara sus alternativas para curarse de una vez por todas de la intoxicación que nos dejó el veneno en el que convirtieron a la Quilmes.

Muy cerca de ahí, muchos años antes, me había quedado a dormir un sábado en la casa de mi amigo. Cuando despertamos la luz del invierno era perfecta, el aire era tan lúcido que las cosas se recortaban más brillantes. Sería la mañana en ese departamento, había algo novedoso en cómo se presentaban las cosas a través de la claridad que llegaba desde la ventana de ese cuarto. Cuando mi amigo se despertó me llamó e inmediatamente empezó a vestirse y me ordenó que hiciera lo mismo. Obedecí sin dudar, con la remera al revés y el pulóver mal encajado lo seguí cuando salió del cuarto en puntas de pie, cuando abrió la puerta del departamento y sin hacer el más mínimo ruido me hizo señas para que saliera. Fui detrás de él cuando empezó a correr por los pasillos larguísimos de El Hogar Obrero para subir la escalera hasta llegar a la terraza, después de atravesar una sala enorme con un montón de piletas para lavar la ropa y restos de jabones blancos secos en las jaboneras se abrió el

edificio a lo más alto, como un estadio lunar, gigante, áspero, lleno de vacío y de promesa.

Yo seguía a mi amigo que corría veloz rumbo a una de las barandas como dispuesto a volar porque esa mañana espléndida y fría y luminosa era un punto máximo de la experiencia y valía la pena atesorarla aunque fuera con el riesgo de un salto mortal. Pero el amigo llegó a la baranda y se detuvo, se agarró fuerte con las dos manos y se dio vuelta para verme llegar tan agitado como él, que con palabras entrecortadas dijo: no tiene que aparecer ni una sola nube. Me puse a escudriñar el cielo de inmediato, a buscar aun escondido entre los edificios más lejanos cualquier cúmulo que pudiera nublarlos. Girábamos la cabeza para mirar todo el cielo que podíamos alrededor de la terraza y cuando dimos la vuelta completa y ninguno había encontrado ni la nube más insignificante mi amigo miró hacia el este y volvió a hablar: en los días claros como hoy se puede ver Montevideo.

Esa mañana aguantamos el frío tanto como pudimos y gritamos Tierra varias veces desde nuestra carabela aun cuando estoy casi seguro de que no llegamos a distinguir nada de nada. Poco tiempo después dejamos de vernos porque él se tuvo que mudar a los monoblocks de Villa Lugano con su familia; su imagen corriendo en la terraza nunca dejó de acompañarme.

No sé si entendí bien, o si me pareció que de verdad era posible que en el horizonte se dibujara el perfil montevideano, pero esa mañana de invierno mi amigo me invitó a ver la costa más lejana. Creo que fue ahí mismo que entendí algo de la urgencia, de la invitación y del deseo, algo de correr al sol frente al vacío, algo del riesgo mortal para lograr estar vivo.

Bueno, no fui yo, yo no suelo entender, fue mi cuerpo, mi cuerpo comprendió la urgencia.

Era domingo.